SEMANA SANTA

Valladolid

Pura maravilla
de arte

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Biblioteca del Archivo

1513180
C. 244-34

SSV 103-2
34

VALLADOLID

SEMANA SANTA

Pura maravilla de arte

Presentación. Óscar Puente Santiago, *Alcalde de Valladolid* 3

Saluda. Felipe Esteban Alonso, *Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa* 5

Una Semana Santa en Valladolid. Ángel de Pablos Chapado † 6

La Cruz desnuda de mi miñez. Enrique Cornejo Fernández 14

La Semana Santa del silencio. Antonio Pelayo Bombín 20

Un paso para la nostalgia. Javier Ares Rodríguez 26

"Suficiente" sólo es la realidad de Cristo. José Andrés Cabrerizo Manchado 32

Gregorio Fernández. Luis Calabia Ibáñez † 40

Cofradías y pasos 46

Chema Concellón

Pedro Muñoz Rojo

FOL 4016-1

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Ya entrada la primavera, avanzado abril, Valladolid se dispone a vivir aquello para lo que lleva meses preparándose.

Se acerca la Semana Santa. Las cofradías ultiman el montaje de los pasos, los hábitos de los cofrades son descolgados de las perchas en las que han reposado desde el anterior Domingo de Resurrección, las bandas de música realizan sus postreros ensayos… todo está dispuesto.

En unos días cornetas y tambores retumbarán en calles y plazas anunciando las procesiones que rememoran la Pasión de Jesús, en las que los pasos que participan en las mismas trasladan imágenes de gran valor histórico y artístico que se custodian en nuestras iglesias y en el magnífico Museo Nacional de Escultura. En ningún otro rincón de España se reúne tal concentración de obras de arte en la calle durante la Semana Santa. Los vallisoletanos somos conscientes de ello y, sea cual sea la creencia que profesamos, estamos orgullosos de poder mostrarlo al mundo.

Quienes conocemos y amamos la Semana Santa vallisoletana tenemos, cada cual los suyos, momentos preferidos en los actos procesionales, en los que, por ejemplo, tal o cual imagen recorre determinada calle, es introducida en la iglesia en la que tiene su sede o recibe el homenaje de un coro. La Semana de Pasión de nuestra ciudad está repleta de esos instantes, sobrios, castellanos, en los que la emoción nos toca el alma y que, con la generosidad que caracteriza a las gentes de esta tierra, queremos compartir con quienes, en tan señaladas fechas, nos visiten.

Bienvenidos sean esos días tan especiales para Valladolid y bienvenidos sean también todos aquellos que se acerquen a participar con nosotros de los actos que tienen lugar durante Semana Santa.

Óscar Puente Santiago
Alcalde de Valladolid

Chema Concellón

Ante la cercanía de la Semana Santa, escribo estas líneas para saludar a todos los vallisoletanos y a los que, desde otros lugares, visitan durante estos días nuestra ciudad con la intención de poder contemplar la más maravillosa expresión de fe popular.

Un año más los hábitos, el silencio, las magistrales tallas y las singulares procesiones recorrerán nuestras calles. Para daros a conocer todos los actos religiosos y recorridos procesionales que en esta Semana de Dolor se realizan en Valladolid, tenéis en vuestras manos este programa, que también va acompañado de diferentes artículos, firmados por autores de reconocida valía, versando sobre el Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Los cofrades vivimos estos días, tan especiales para nosotros, de una forma muy intensa y para ello, desde las cofradías y desde la propia Junta de Cofradías, se han preparado todos los actos con el máximo esmero. Queremos daros a conocer la labor que hacen estas cofradías y hermandades y el espíritu que les anima, para que el público, tanto creyente como no creyente, vea y disfrute de cada procesión, que representan los distintos momentos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Redentor, en tallas de incalculable valor artístico, realizadas en madera policromada, salidas de las manos de los maestros imagineros más insignes.

Las cofradías y hermandades son algo más que cultura y tradición: los actos que realizan, tanto en sus sedes canónicas, como en la salida por las calles en procesión, portando a sus Titulares, con el esfuerzo y cariño que les caracteriza a sus hermanos cofrades, son un complemento perfecto de las celebraciones litúrgicas, que en tiempo de Semana Santa realiza la Santa Madre Iglesia.

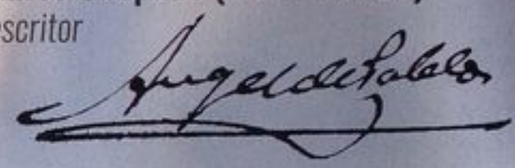
En esta representación que hacemos en nuestras calles de la Pasión de Nuestro Señor, nosotros los cofrades queremos mostrar el dolor de toda la humanidad, especialmente de los más desfavorecidos de nuestra sociedad, como son los inocentes, los marginados, los inmigrantes, los parados, pero a la vez darles una maravillosa noticia: la Resurrección del Señor.

Bienvenidos a Valladolid, bienvenidos al silencio hecho arte, penitencia y oración.

Felipe Esteban Alonso
Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa de Valladolid

Una Semana Santa en Valladolid

Ángel de Pablos Chapado (1911-1983 †)
Periodista y escritor



Chema Concellón

Chema Concellón

—Hombre, tú en Valladolid... ¿No habrás venido a la Semana Santa...?

—Pues, verás, de turista sólo...

Conocía de sobra y de antiguo la indiferencia religiosa de mi amigo, su absoluta despreocupación por las cosas de Dios, fruto quizás de una educación abandonada. Habíamos estudiado juntos en las aulas de la Universidad y mi amigo figuró bastante en las asonadas estudiantiles de aquellos tiempos calamitosos; capitaneaba el grupo de los más exaltados, distinguiéndose precisamente por su falta de fe y su fobia contra todo lo que olía a iglesia.

Corrían entonces los años de 1930 y 1931 y las circunstancias le eran favorables. Después... terminada la carrera, nos perdimos de vista, reintegrado él a su ciudad norteña. Sólo de muy tarde en tarde, en ocasión de un viaje, de una visita rápida, siempre deprisa y corriendo, de paso, volvimos a encontrarnos. Supe que luchó como un valiente en las filas de ejército nacional, que había sentado la cabeza, que se casó, que le iba bien en su profesión... pero, que seguía siendo un descreído, terrible desgracia que él sobrellevaba con un cinismo entre resignado y frívolo, como se lleva una enfermedad crónica incurable.

De ahí mi pregunta, un tanto irónica, al encontrarnos, de repente, al doblar una esquina, en la mañana del último domingo de Ramos en Valladolid.

—¿No habrás venido a la Semana Santa?...

Y de ahí su respuesta, ambigua, como queriendo salir al paso de una suposición equivocada, casi ofensiva para él.

—De turista sólo... por curiosidad, eh. Hacéis mucha propaganda por ahí, se habla tanto de la Semana Santa de Valladolid que, la verdad, este año me he dicho "Vamos allá"... Y lo mismo que he visto la de Sevilla, y las Fallas de Valencia, el carnaval de Niza, la Semana

Grande de San Sebastián, las fiestas de San Fermín en Pamplona... pues, aquí estoy.

—Ya... pero tú conoces la Semana Santa de Valladolid...

—Sí, hace tantos años... Recuerdo que entonces no salía más que una procesión, con unos pocos "pasos", muy buenos, eso sí... Ha tenido que cambiar mucho para adquirir la fama que tiene por ahí y para atraer así a la gente. ¿Tú sabes cómo venían anoche los trenes?

—En confianza, a ti ¿qué es lo que más puede interesarte de nuestra Semana Santa? ¿qué esperas encontrar aquí?...

—Pues, mira, chico, en confianza: esto es un pretexto para echar una escapadita, para estar ocho o diez días en Valladolid, ¡con las ganas que tenía de volver!, y recordar... No me negarás que la ocasión es estupenda. Lo demás me es indiferente, por más que me atraiga el ambiente, la curiosidad.

—¿Vienes con tu mujer?

—No, hombre; las mujeres en los viajes son un estorbo. Llegas tarde a todas partes, pierdes el tren, la paciencia... Para Luisa, mi viaje es puramente profesional, asuntos de negocios...

****

Ya apenas nos separamos durante toda la semana. Le serví de guía, de "cicerone", procuré llevarle a los actos religiosos, que presenciara todos los desfiles procesionales, bajo pretexto de acompañarme y de que apareciera como un perfecto turista.

En la noche del Martes Santo contemplamos, desde los soportales de la gran Plaza Mayor, el patético encuentro de Jesús, camino del Calvario, con María, su Madre. Momento de sublime emoción entrañable. La *Virgen Dolorosa* –en la soberbia talla de Juni– vuelve sus

Chema Concellón

Chema Concellón

ojos, angustiados, hacia su Hijo, mientras la noche se llena de oraciones y cirios estremecidos.

El miércoles le llevé al solemne Vía Crucis procesional. Millares y millares de mujeres realizan el impresionante ejercicio. Cada estación está señalada con una tosca cruz de madera en los sitios estratégicos de un trayecto amplio, que comprende las principales calles de la ciudad. Presenciamos el desfile frente a la iglesia de la Cruz, a cuya puerta se asoma la *Dolorosa* que allí se guarda –otra joya de la imaginería castellana– al paso de *Nuestro Padre Jesús Nazareno* y del *Cristo de la Agonía*...

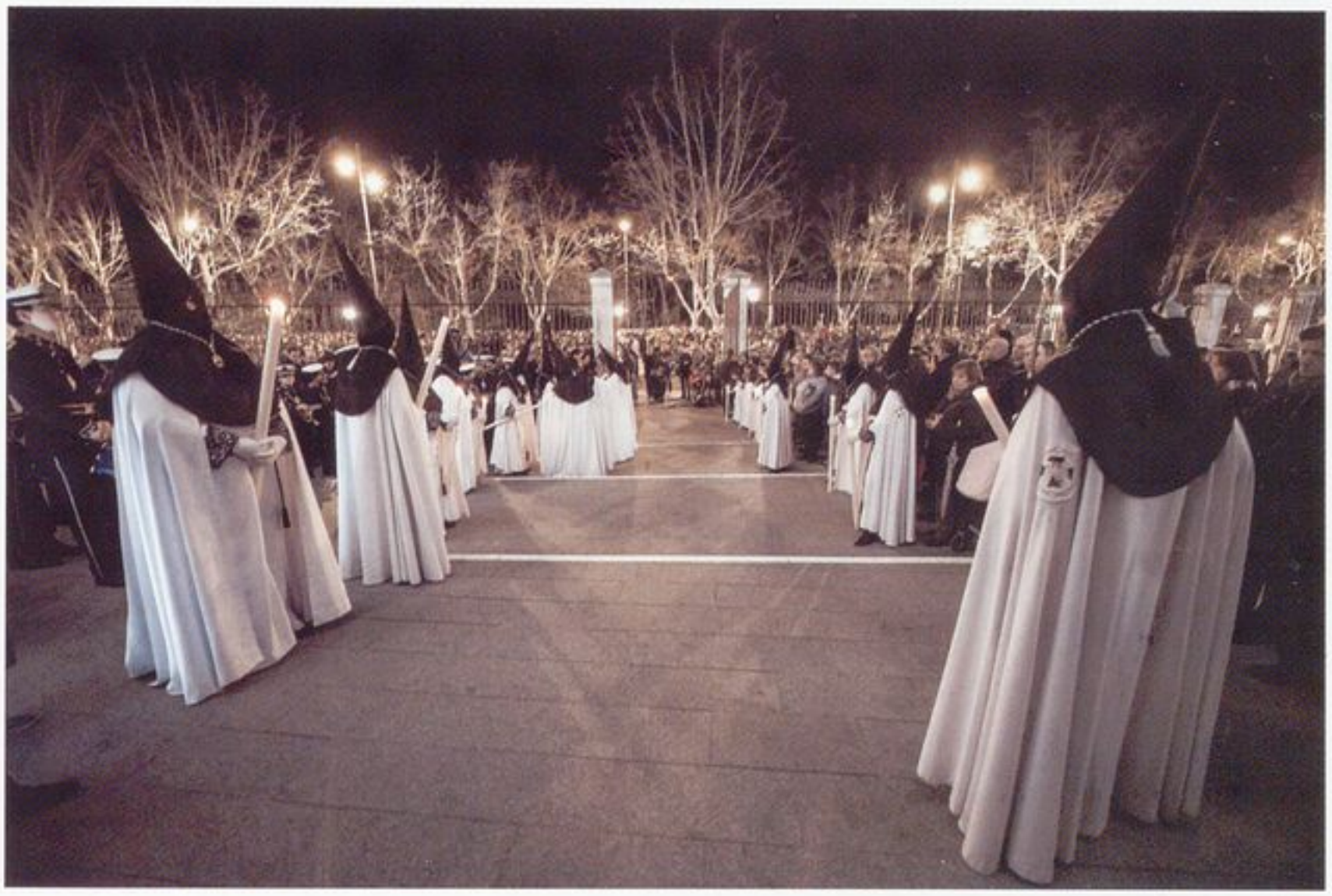
Mi amigo, que empezó poniendo a todo un gesto como de resignada obligación, parecía ir interesándose por cuanto pasaba ante sus ojos y me ametrallaba con preguntas: ¿Esos cofrades negros que arrastran la cola de la túnica, quiénes son? ¿Y aquellos de blanco y azul? ¿De quién es esa imagen?...

—Chico, ¿sabes que esto es un espectáculo maravilloso? –acabó por confesarme, entusiasmado–.

Mas, cuando le vi verdaderamente impresionado por primera vez fue en la procesión de Penitencia y Caridad, que en la tarde del Jueves Santo visita el hospital y la cárcel. El *Cristo del Perdón*, el Cristo llamado *de las Catalinas*, por venerarse en el convento de estas monjas, y la *Quinta Angustia* –una de las imágenes más perfectas–, acompañados por representaciones de todas las cofradías, pasan ante los muros que encierran el dolor y el remordimiento. Presos y enfermos se asoman a las ventanas, a las rejas, y entonan cánticos de penitencia y esperanza. Es un instante de pura e intensa emoción, que mi amigo captó en lo hondo. El resto del día estuvo ya preocupado y pensativo, más callado que de costumbre.

En el Viernes Santo culminan los magnos acontecimientos de la Semana grande valliso-

Chema Concellón



Chema Concellón

letana. Por la mañana, en la Plaza, convertida en nave catedralicia, en templo, se celebra el solemnísimo ejercicio del *Sermón de las Siete Palabras*, que organiza la cofradía de su nombre. Antes, un heraldo a caballo, seguido de su escolta, lee el pregón llamando a los fieles, por todas las calles y plazas.

Después, la multitud llena, abarrota, la amplia Plaza Mayor. En lugar preferente, las autoridades todas de Valladolid, los invitados de honor, extranjeros y nutridas representaciones de todas las cofradías con sus hábitos, sus túnicas y sus capirotes, y las hermanas de devoción, luciendo la clásica mantilla española. El espectáculo, visto desde lo alto, desde un balcón, es maravilloso, parece una estampa en colores. Y el predicador, dominando a todos desde su púlpito al aire libre, va glosando las siete palabras inmortales, ante el monumental "paso" titulado "inter scelestos innocens", vuelto de cara al pueblo...

—No creo que haya nada parecido en el mundo, me dijo mi amigo. Estaba profundamente conmovido. Y bajo esa impresión, a las dos de la tarde, asistimos a la procesión de Docentes, como universitarios que fuimos un día, acompañando al famoso *Cristo de la Luz* hasta la Santa Iglesia Catedral.

Al caer la tarde, la *Procesión General de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor*, la más alta y emotiva expresión de la religiosidad de un pueblo y del arte imaginero. Es el acto cumbre, esperado, con afán, por todos. A las doce de la mañana ya hay sillas ocupando puesto a lo largo de todo el itinerario. Desde la *Oración del Huerto*, hasta el *Sepulcro*, la procesión es como un álbum en movimiento de toda la Pasión, en las maravillosas obras de arte de nuestros imagineros, guardadas durante el año en las iglesias y conventos o en el incomparable Museo Nacional de Escultura Policromada de Valladolid. Veintitantos grandes "pasos", iluminados y engalanados,

con el acompañamiento de sus cofradías y bandas de música. Hora y media tarda en pasar el largo cortejo procesional, la ciudad arrodillada, está allí, orillando el recorrido con su silencio impresionante.

Cuando, ya de madrugada, vimos entrar, en su iglesia penitencial a la *Virgen de las Angustias* –despojada de sus joyas– entre la *Salve popular* cantada por la multitud y las notas del Himno nacional, terminada la procesión de *la Soledad*, en la que sólo forman señoras, broche de oro que cierra la Semana Santa de Valladolid, pregunté a mi amigo:

—¿Qué, te ha gustado todo esto?... Te lo pregunto como turista, eh...

—Maravilloso, desde luego. Nadie en España debiera dejar de conocer y ver, una vez por lo menos en su vida, todo esto que yo he visto...

Y lo mismo volvió a decirme, con grave y sincera entonación, cuando la noche del Domingo de Resurrección, tras el último apretón de manos, tomaba el tren para su tierra.

****

Unas semanas más tarde recibía yo un sobre perfumado, con letra de mujer. Firmaba la carta Luisa Castillo de Fernández. Era la mujer de mi amigo y, tras unas palabras de excusa y cumplido, venía a decir lo siguiente:

"¿Qué le ha pasado a mi marido en Valladolid? Desde su viaje a esa está desconocido, cambiado. El domingo he conseguido llevarle a misa por primera vez desde que nos casamos. No hace más que hablarme de usted y de la Semana Santa. Y me ha prometido llevarme el año que viene. Si así es, espero poder llevar un gran ramo de flores -flores primaverales de nuestro jardín- para ponerlo a los pies de *Nuestra Señora de las Angustias, Virgen de los Cuchillos*, por el cuchillo que Ella me ha quitado a mi"...

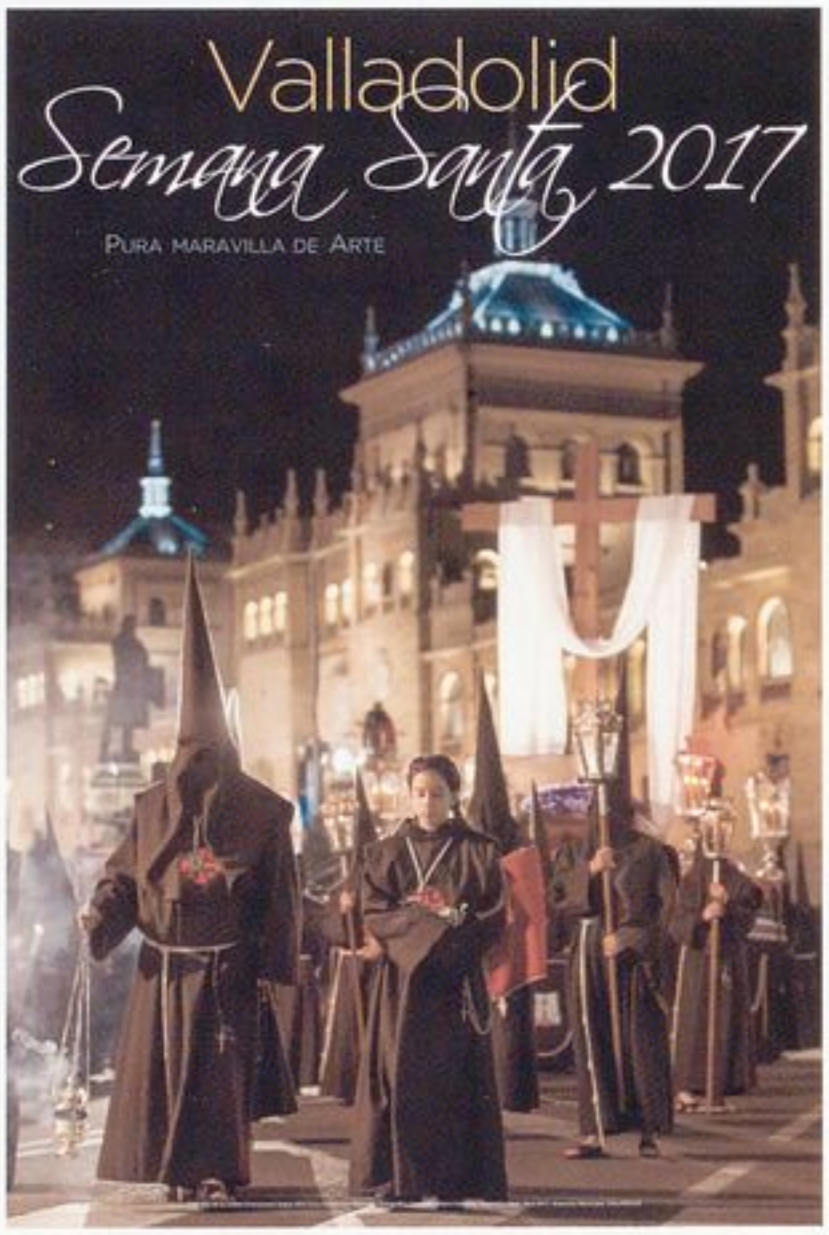
Mi amigo no ponía más que dos palabras, a modo de postdata: "Visto bueno. Hasta el año que viene si Dios quiere. Con un abrazo. Antonio".

Chema Concellón

Chema Concellón

La Cruz desnuda de mi niñez

Enrique Cornejo Fernández
Empresario Teatral

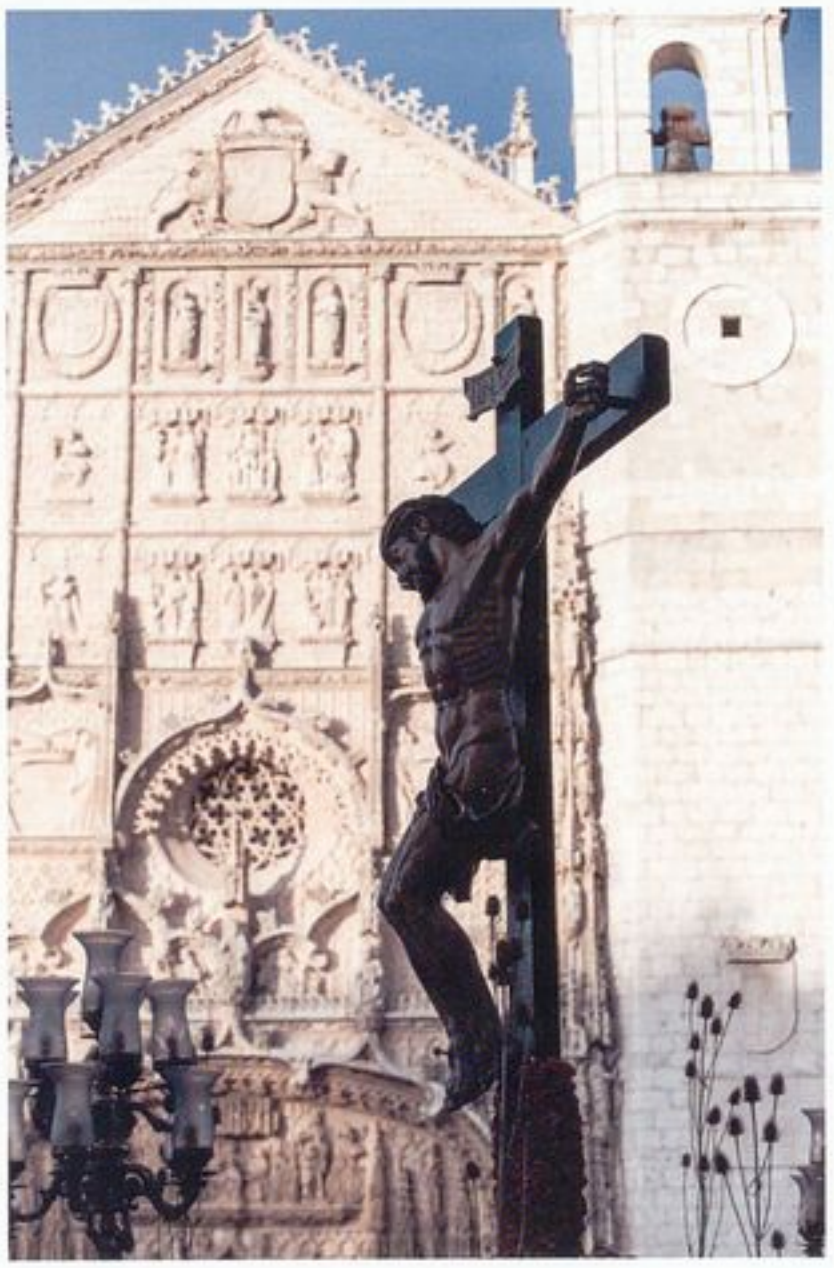


El Ayuntamiento de Valladolid y la Junta de Cofradías me han hecho el honor de pedirme que presente el cartel de la edición de este año de la Semana Santa de Valladolid. Un cartel muy hermoso, de gran calidad estética y sentimiento, que trasciende lo habitual, enriquece nuestra perspectiva y nos confirma la maravillosa normalidad con la que las mujeres participan en igualdad desde hace muchos años en la Pasión de esta ciudad.

Se trata, sin duda, de un honor, pero que, además, para mí está cargado de hondo significado y vivencia personal. Este acto supone un episodio más de mi reencuentro con mi querida ciudad natal. El cartel que nos ocupa, obra de Fernando Blanco Vaquero, inspira en mí una inevitable sensación de retorno al pasado. Por ser más precisos, regreso a la memoria de una niñez tan lejana en el tiempo como cercana en los sentimientos. La niñez de mis orígenes vallisoletanos, en los que la Semana Santa jugó un papel importante. Y es que, aunque probablemente la mayoría de ustedes lo desconozcan, el niño que yo fui alguna vez desfiló con la cofradía de los franciscanos escoltando la austera y desnuda cruz que muestra el cartel.

En una ocasión, hasta lo hice descalzo, para solidarizarme con quienes lo hacían siempre, y acercarme un poco a la sensación de entrega y a la devoción que siempre admiré en mis compañeros cofrades. Fue una experiencia inolvidable, una señal indudable de la viveza de las emociones que me inspiraba la Semana Santa de mi ciudad. Recuerdo bien que íbamos los últimos en la Procesión General y que los cofrades sentíamos que ese lugar nos confería un plus de responsabilidad, como si fuéramos los depositarios últimos de la garantía del desfile ante nuestra ciudad.

He de decirles, además, que esta participación mía como cofrade puede interpretarse



Chema Concellón

como mi primer contacto con el universo de la representación y de lo teatral, al que finalmente he dedicado toda mi vida profesional. Por ser cofrade, yo me sentía parte como miembro destacado del conjunto de valores que Valladolid y su Semana Santa representaban, y debe seguir representando. Ese Valladolid de mis recuerdos infantiles significaba en mí mucho más que un capuchón y un hábito: por su mediación yo me convertía en representante de una parte del alma de mi ciudad, con la que mis propios sentimientos se sentían plenamente identificados. Sentimientos afectivos, y también religiosos, pues siempre estuve cerca de la Orden Franciscana.

Allí, en medio de mis paisanos, rodeado por aquellas magníficas esculturas, y por la vibración silenciosa de una ciudad que respiraba sentimiento, yo me sentía útil. Me sentía parte de algo mucho más grande que yo mismo. Esas emociones han quedado grabadas intensamente en mí, como un tatuaje indeleble que me acompaña allá donde vaya.

Pero he de decirles, además, que el cartel tiene otro vínculo importante con mi historia personal. La procesión que muestra es la de la cofradía de los franciscanos, la Venerable Orden Tercera, que se fundó en el convento de San Francisco de Valladolid, edificio que fue su sede hasta su desaparición. Pues bien, como ustedes seguramente ya sabrán, ese magnífico convento, hoy desaparecido, que fue fundado por doña Violante, la esposa de Alfonso X El Sabio, tenía su fachada principal en el lateral de la Plaza Mayor donde hoy se encuentra el Teatro Zorrilla. El teatro que, como saben, gestiono por encargo de la Diputación Provincial y que me ha proporcionado el retorno a la ciudad que amo y que me vio nacer.

Chema Concellón

Chema Concellón

De modo que un cierto círculo parece cerrarse, y el niño que antaño ayudaba a alimentar el espíritu de su ciudad con su humilde presencia en una procesión, hoy, ya adulto, se siente, desde su función como gestor teatral, nuevamente portador de una espiritualidad y emoción que puede devolver a la ciudadanía en forma de obras de teatro y todo tipo de actividades culturales. Si aquel niño pudiera verme, creo que se sentiría sorprendido y espero que orgulloso; de igual modo que yo, hoy, estoy emocionado y también orgulloso de poder reencontrarme con él, con el niño de mi infancia en Valladolid, con la niñez de mi ser.

Recuerdo con absoluta nitidez las figuras de grandes filósofos de nuestra religión que influyeron en mí: el padre franciscano Nemesio Pinaga, don Marcelo González, que llegó a cardenal como saben… de este último recibíamos los vallisoletanos orientación a través de los ejercicios espirituales que impartía desde nuestra catedral, y que congregaban una audiencia multitudinaria: años más tarde tuve oportunidad de recordárselo en la ciudad de Toledo, y es por ello por lo que en cuantas intervenciones públicas desarrollo invoco esa escala de valores de la que todos somos beneficiarios y que está heredada de nuestros mayores. Las sociedades cambian, evolucionan y se transforman, pero benditas las generaciones que guardan en sí el tesoro de la creencia y cuanto ello significa.

Soy de Valladolid, formado en esta ciudad y a ella debo cuanto soy, por sus valores, y por su historia, y me envuelvo siempre en la cruz desnuda de mi fe y en todos vosotros.

Muchas gracias.

Chema Concellón

La semana del silencio

Antonio Pelayo Bombín,
Sacerdote y periodista

Chema Concellón

Chema Concellón

Perdonen pero me resulta imposible escribir sobre la Semana Santa de Valladolid sin evocar mis recuerdos personales. Los neurólogos y los sicólogos coinciden en afirmar que la memoria es selectiva; habría que añadir que los criterios de selección son estrictamente individuales y siempre ligados a emociones profundas.

En el ramillete de recuerdos de mi infancia y primera adolescencia destacan con una nitidez que aún hoy me sorprende los ligados a la Semana Santa de nuestra ciudad. Me "veo" acompañando las procesiones en compañía de mis padres y hermanos como si hubiese sucedido ayer o antes de ayer; un lugar destacado lo ocupan la procesión de la Borriquilla, cuando los alumnos del Colegio Hispano, con otros muchos escolares de la ciudad, inundábamos con nuestras palmas la calle de Platerías y recibíamos la bendición del arzobispo –don Antonio García y García por aquellos entonces–; la del encuentro, el Martes Santo, cuando delante del Ayuntamiento, a donde llegaban por calles diferentes, confluían la Virgen de las Angustias y Jesús Nazareno; la del Jueves Santo por la tarde, que recorría los hospitales para acabar ante las puertas de la cárcel y que era conocida como "procesión de penitencia y caridad"; y, ¿cómo no? la del Santo Entierro, tan repleta de emociones artísticas y religiosas.

A mi sensibilidad de niño le impresionaban mucho los sayones que azotaban y alanceaban al crucificado; esos rostros tan duros y, por otra parte, tan castellanos, esculpidos por Gregorio Fernández o Juan de Juni, entre otros imagineros. Y me sobrecogía el silencio de la multitud, la respetuosa actitud con que

los vallisoletanos y los forasteros presenciaban el lento desfilar de los pasos, el redoble de los tambores y el sonido leñoso de las carracas, el recogimiento de los cofrades y de las "manolas" acompañantes. Mi familia asistía a esta procesión desde un enclave privilegiado: una terraza que dominaba el desaparecido Teatro Pradera, en cuyos pisos superiores se alojaba una escuela, a cuyo frente estaba doña Benita Lefler, una de esas maestras gloria de nuestro magisterio nacional. Desde allí contemplábamos el avance de la procesión por la calle de Santiago, rodeando después con un abrazo la plaza de Zorrilla, para embocar la calle de Míguel Íscar.

Debo confesar que más de una vez lamenté no formar parte de una cofradía para poder vestir sus túnicas y ,sobre todo, plantar sobre mi alborotada cabeza un capuchón.

Han pasado desde entonces muchos años; ausente de Valladolid por obligaciones ligadas a mi doble condición de sacerdote y periodista, me he "perdido" toda esa gavilla de emociones ligadas a la Semana Santa. Volví a tomar el hilo con ellas cuando tuve el privilegio de ser pregonero de la misma el año 2008. Al tomar la palabra en la magna iglesia catedral recuerdo que casi me dejé dominar por la emoción recordando que, mucho antes de mí, ocuparon esa cátedra algunas de las figuras más eminentes de nuestra iglesia; recordaba en particular a don Marcelo González, muchos de cuyos sermones escuché cuando era canónigo, antes de convertirse en arzobispo de Toledo y primado de España.

De su pregón pronunciado en la Casa Consistorial el 23 de marzo de 1955 cité estas frases: "La Semana Santa de Castilla y Valladolid

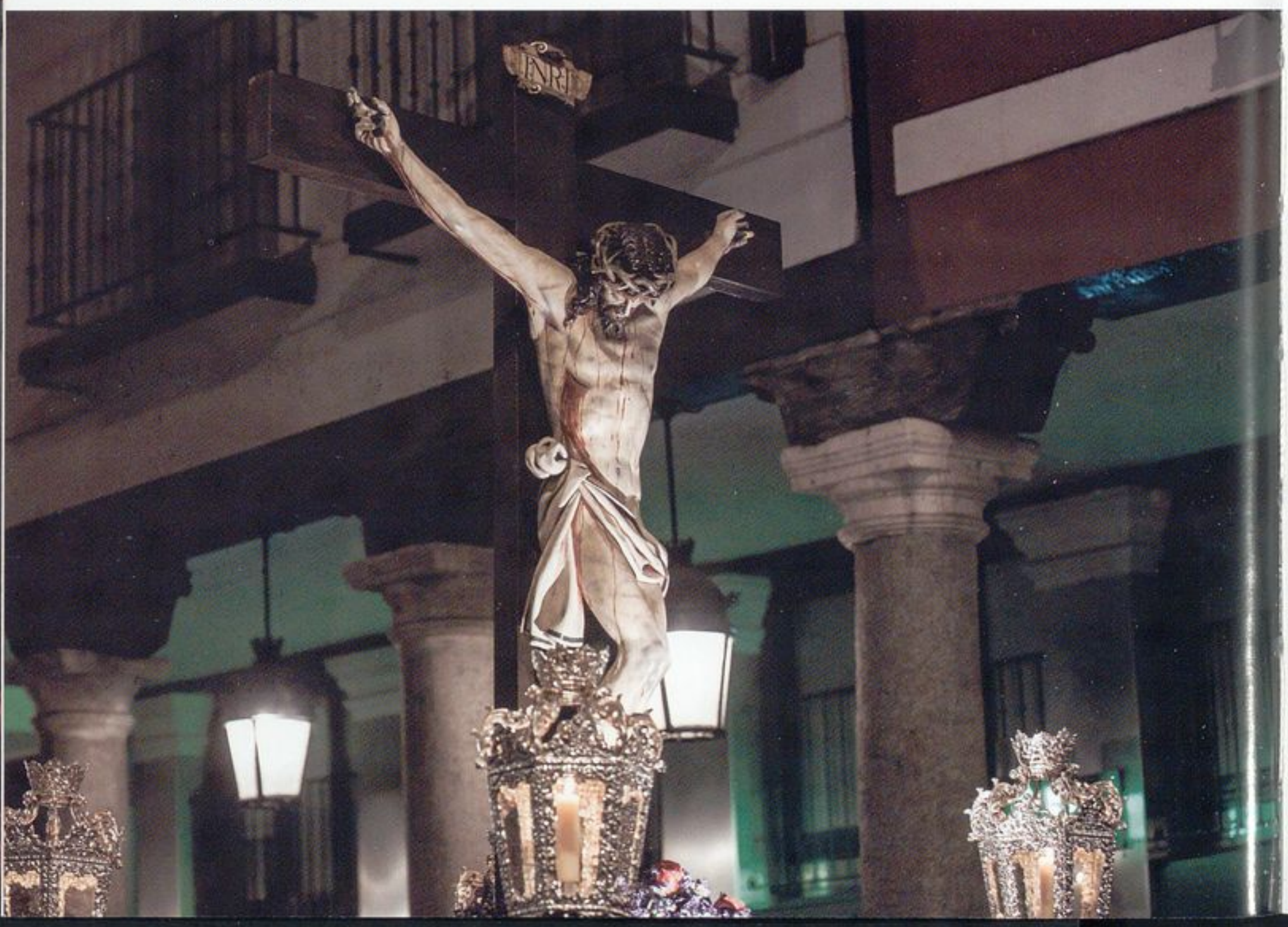
Chema Concellón

es toda ella una maravillosa exaltación en la que, sin perder la serenidad y el equilibrio indispensable, el pueblo capta con instinto religioso de primer orden la trascendente conveniencia para la vida humana de la muerte de un Dios que nos redime del pecado. Y la expresa, puesto que se trata, no, ya de un hecho que va a suceder, sino del gran drama que sucedió una vez y para siempre; la expresa, digo, con los sentimientos de la más conmovedora gratitud y fidelidad que ha aprendido en el Evangelio. Gratitud y fidelidad al ambiente de aquella primera y desgarradora semana. Esta es el alma de Castilla cuando en la actualidad la conmemora. Y por eso, la seriedad hierática, majestuosa, sagrada casi; y el silencio trágico y colosal".

Años antes de ese magistral pregón de don Marcelo, otro vallisoletano de la más genuina prosapia, Miguel Delibes, describía así el clima de la procesión del Santo Encuentro: "El pueblo en estática y silenciosa aglomeración, espera el instante en que las dos imágenes se encuentran ante el edificio del Ayuntamiento. En ese momento una honda emoción, cuyo signo más ostensible es el silencio, se desborda, se comunica con la velocidad del relámpago entre las unidades de la masa. El pueblo entra así en todo lo que de humano, de carne y hueso por así decirlo, encierra el sacrificio de Cristo. Y lo sorprendente es la densidad de la emoción que se logra con tan escasos elementos; el nacimiento de la emoción puramente religiosa sin estímulos ajenos al escueto significado del acto".

En ese mismo artículo, publicado en 1951 en las columnas de "El Norte de Castilla", el gran

Chema Concellón



Chema Concellón

maestro y consumado explorador del alma mesetaria escribía: "En la Semana Santa castellana no tiene sitio la algarabía y la estridencia; que el espectáculo, el adorno, incluso el arte ocupan un lugar secundario. Lo importante de la Semana Santa Vallisoletana es el silencio, un silencio espeso y sombrío y doliente que encubre y arropa una honda emoción popular".

Hace sólo dos años, en 2015, la Cofradía de las Siete Palabras me concedió el honor, para mí del todo insospechado, de predicar el sermón que tiene lugar en la mañana del Viernes Santo en el imponente marco de nuestra Plaza Mayor. Ahora puedo afirmar sin temor a equivocarme que esa ha sido una de las más fuertes emociones de mi vida. Cuando alguna vez, gracias a ese temible artilugio que es "You tube", vuelvo a ver esas imágenes se me ponen los pelos de punta; dando de lado todo asomo de vanidad pienso que, subirse a ese púlpito, es uno de los grandes privilegios que pueden ofrecerse a un sacerdote aunque sea tan "atípico" como soy yo. Confieso que aparté desde el principio toda tentación de lucimiento personal. "Yo no he venido aquí a lucirme – dije entonces- ni a quedar bien, sino a serviros de ayuda en vuestro acercamiento al Señor que sufre , que muere por nosotros, pero con su Resurrección nos dará a todos vida y vida eterna".

Concluí entonces, y lo hago hoy de nuevo, con un llamamiento a todos los vallisoletanos para que no se dejen arrebatar su Semana Santa, para que no la profanen con otros intereses aunque sean legítimos , que conserven su alma, su raigambre entrañada en siglos de gloriosa historia.

Un paso para la nostalgia

Javier Ares Rodríguez
Periodista

Pedro Muñoz Rojo

Chema Concellón

Hubo un tiempo en que la Semana Santa era algo más que este periodo vacacional en el que las gentes se afanan en busca del esparcimiento y el recreo. Era aquella Semana Santa tiempo de recogimiento que se iniciaba con el júbilo del Domingo de Ramos, pero que se apagaba bien pronto cuando el manto de silencio cubría la ciudad. Se encendían los faroles y se apagaban los grillos. Hasta las emisoras de radio se limitaban a programar música sacra a lo largo del Triduo Pascual, y no había establecimiento público que osara abrir sus puertas so pena de la sanción correspondiente.

Al niño que fui –y en cuya búsqueda voy- lo que de verdad le fascinaban eran los días previos a la Semana de Pasión. He contado en alguna ocasión que pasé mi infancia entre los muros de un Regimiento de Artillería, y allí presenciaba con extasiado fervor el ritual previo a las procesiones que los soldados preparaban con particular esmero. Casi dos meses antes empezaba el ruido de trompetas y tambores, con sus monocordes redobles y lastimeros quejidos, en los ensayos que llevaba a cargo la banda de música; luego, en los días previos, llegaba aquella singular liturgia de lustrar cascos, correajes y botonaduras y poner a tono las vestimentas con las que los cabos gastadores debían escoltar la figura del Ecce Homo el Cristo de los Artilleros, el portentoso Cristo de la Caña, en el que la madera se hacía carne gracias a las prodigiosas manos del imaginero Gregorio Fernández. Yo soñaba de niño con ser uno de aquellos cabos gastadores que se alineaban al lado del paso como si de figuras animadas de madera policromada se tratase.

Más tarde, con el tiempo, lo que empezó a contar es que eran días de júbilo por cuanto significaban huir de la tiranía escolar, de las *guerras púnicas*, de los afluentes del Duero

Chema Concellón

Chema Concellón

y de las traducciones de Homero; júbilo porque el Domingo de Ramos "quien no estrenaba no tenía manos" y el traje –aún lo fuera de pantalón corto– nos hacía sentir mayores, y porque aquel día de palmas y cánticos lucía siempre radiante para celebrar la entrada del hijo de David, que llegaba en nombre del excelso Jehová.

Y luego estaba el cine de romanos, con el que nuestras tardes se vestían de historia sagrada cuando la televisión nos descubría que Pilatos miraba como Lawrence Olivier, que Anthony Quinn tenía el aspecto fiero de Barrabás, y Peter Ustinov la malévola candidez del emperador Nerón; y que sólo Irene Papas podía ser la doliente Magdalena y Kirk Douglas el valeroso Espartaco. Sin embargo, los rostros de Jesús y de su Madre no lograron jamás verse perpetuados, acaso porque la industria cinematográfica estaba huérfana del fervoroso sentimiento con el que los imagineros castellanos sí habían logrado esculpir en madera el dolor y la angustia de los principales personajes de la Pasión.

Llegado el Jueves Santo, único día del año que sólo era festivo por la tarde, la ciudad comenzaba a impregnarse de misticismo y recogimiento, sólo salpicado por las voces de los rufianes que se entregaban a la pagana ceremonia del juego de las chapas; una suerte de herejía que sólo se sustentaba en un atávico ritual. Por la tarde, llenos de excitación, acudíamos a ver la procesión en la que un reo era liberado de la cárcel, y sentíamos el encolerizado verbo del viejo fray Fulgencio cuando tronaba airado desde su púlpito que "En tiempos de las bárbaras naciones/ colgaban de la cruz a los ladrones/ ahora, en el Siglo de las Luces/ en los pechos de los ladrones/ van poniendo cruces". Tan vigente hoy en día.

Luego, para pasar el susto, iniciábamos nuestro sufrido peregrinaje por los Santos Oficios y la consabida visita a las siete iglesias –siete, como las basílicas romanas-, antes de que la noche envolviera la soledad en un sudario de reflexión y silencio. La música callada del silencio que se escuchaba por toda la ciudad, sólo rota en la amanecida del viernes por los cascos de los enjaezados caballos que montaban los cofrades acompañantes del pregonero de las Siete Palabras que, al pararse ante la Iglesia de la Antigua, componían un cuadro gótico de tenebrosa belleza. Y, luego, aquella portentosa escenificación del Sermón de las Siete Palabras, el más espectacular auto sacramental que se desarrolla en toda nuestra geografía, una imponente manifestación de arrobadora devoción cristiana, que convertía a la Plaza Mayor en el mayor teatro del mundo y que nos adelantaba la silente y conmovedora escenificación del drama de la Pasión.

Bien mirado, tampoco eran tan diferentes las cosas en aquellos tiempos, porque un montón de generaciones se han preocupado de mantener vivos el ritual y su esencia. La pérdida de la fe y de algunos otros valores ha venido modificando las reglas del juego, pero también la constitución de un Estado laico que debe proteger el acervo cultural de un país. Se podrán abandonar las creencias y las gentes seguirán aprovechando estos días para entregarse al solaz y al descanso, lejos de todas estas manifestaciones religiosas, pero es su fascinante obra escultórica el patrimonio nacional que este país necesita conservar cuando solo quede el recuerdo. Y si las administraciones están obligadas a su cuidado, de las cofradías depende su exhibición. Ellas son las verdaderas garantes del rito de la Pasión.

"Suficiente" sólo es la realidad de Cristo

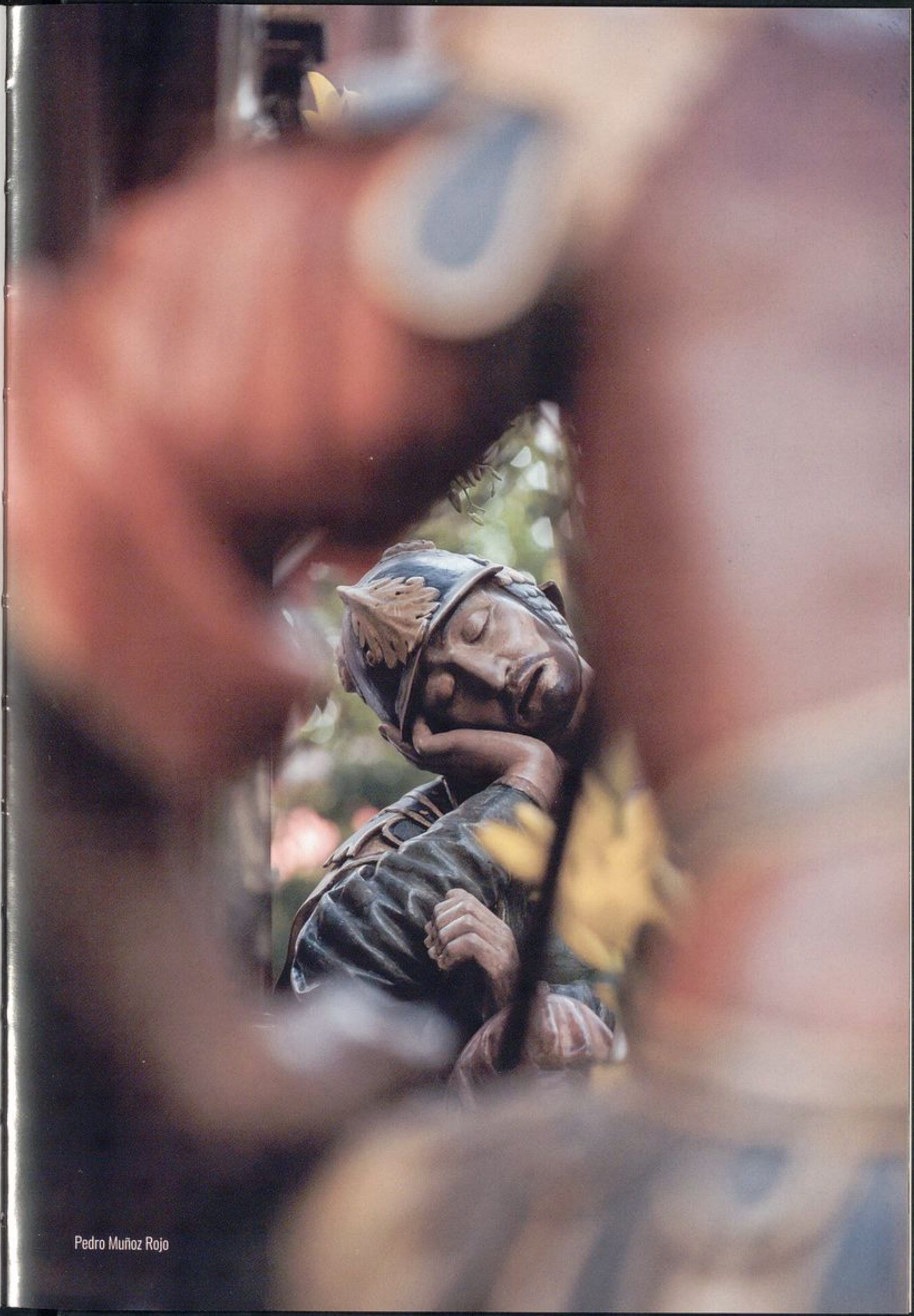
José Andrés Cabrerizo Manchado
Deán de la S. I. Catedral Metropolitana de Valladolid
Vicario Judicial del Arzobispado

Pedro Muñoz Rojo

Esta afirmación de Joseph Ratzinger en su obra *Revelación y Tradición* aparece como un título provocador para el hombre de nuestro tiempo, como lo ha sido para el hombre de todos los tiempos. Continúa diciendo el sabio teólogo: *"Él es el único verdaderamente suficiente, capaz de dar satisfacción última a la mirada que indaga críticamente la realidad"*. Esa afirmación procede, según el cardenal Scola, de un trabajo de ensimismamiento en el misterio de Jesucristo y que se aprecia de un modo especial en sus obras sobre la oración y la liturgia, sobre el mirar a Cristo y al Crucifjio.

No puede ser de otro modo, de ese mirar a Cristo y al Crucifijo procede que Cristo sea aquel verdaderamente suficiente para nosotros, y esa es la tarea fundamental que deben acrecentar y despertar, en creyentes y no creyentes, los actos que componen la Semana Santa. Miramos al Señor de un modo especial en las celebraciones litúrgicas, las más completas y simbólicas del año litúrgico; desde la bendición y procesión litúrgica de las palmas en el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, hasta las Vísperas pascuales en la tarde del Domingo de Resurrección.

Acompañamos el misterio de Cristo históricamente, desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, pasando por la última Cena, la oración y agonía (lucha) en el Huerto de Getsemaní, los procesos ante el Sanedrín y ante Pilato, la Pasión y la Sentencia que culmina en la Muerte en el Calvario, la sepultura y gloria de la Resurrección al tercer día. Un relato intenso y dramático, como no hay otro en la historia de la humanidad, sin elementos fantasiosos, sobrio, pero que ha asombrado, maravillado y, sobre todo, transformado la vida de millones de seres humanos desde aquellos acontecimientos en la era de Tiberio.

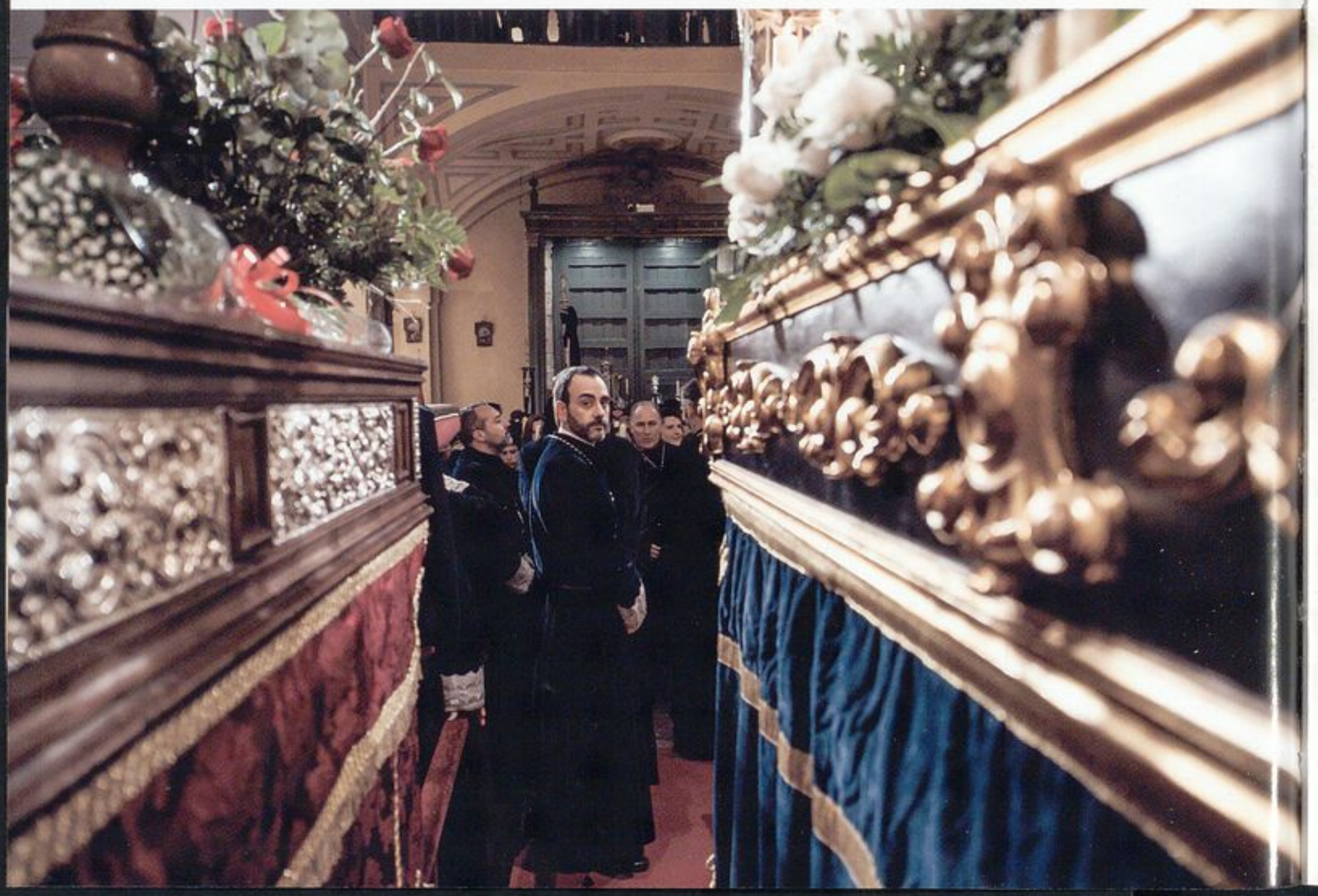


Pedro Muñoz Rojo

¿Por qué se ha transformado la vida de todas esas personas? Porque ese relato no es sólo historia, una historia más, sino que es la Historia con mayúsculas el acontecimiento fundamental de la existencia humana, el punto central donde convergen el pasado y el futuro, la Creación y el Juicio Final. Son hechos ocurridos en un momento pero que son contemporáneos de los hombres y mujeres de todas las épocas culturas y razas. Como expresa Romano Guardini en su obra "El Señor": *"El hombre es un ser al que Dios ama tanto que dio a su Hijo por él (Jn 3, 16)... Es un ser que consiguió matar al que se le había entregado... (responsabilidad compartida que vincula a todos los hombres)... Es un ser que ahora vive del destino de Cristo; en el que ahora, como antes, late el amor de Dios, pero también la responsabilidad de que ese amor tenga que recorrer el camino de la muerte".*

Por eso en las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa también está esa realidad simbólica, más aún, sacramental de la liturgia: lo que los ritos expresan externamente producen un cambio esencial en aquel que los recibe con fe. En la Misa Crismal se produce la bendición de los óleos de los enfermos y de los catecúmenos y la consagración del Crisma, necesarios para la sanación de los pecados, para completar la iniciación cristiana y para la realización del sacramento del orden, reforzada la alusión a este con la renovación de las promesas sacerdotales. El sacerdocio ministerial que alcanza su culmen con la celebración de la Eucaristía, cuya institución recordamos con la *Misa in Coena Domini*, el mismo Jueves Santo, y dentro de la cual comenzamos a contemplar lo que escuchamos en los relatos de la Pasión y sensiblemente vemos en los desfiles procesionales: el silencio de los instrumentos musicales en la liturgia tras el Gloria de la

Chema Concellón



Chema Concellón

misa; el traslado del Santísimo Sacramento hasta el monumento, para adoración, oración y acompañamiento de Cristo hasta el momento de su muerte.

La celebración de la Pasión del Señor en la tarde del Viernes Santo, sencilla y solemne, pero no tétrica; no expresión morbosa ni masoquista de nuestras frustraciones, como tantos quieren ven, sino expresión de ese amor de Dios que es tan grande que da a su propio Hijo, y que nos hace caer en la cuenta de que la muerte es redentora y debemos vivir en la esperanza contra toda esperanza. ¡Qué fuerza tiene la adoración de la Cruz! ¡Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo! ¡Venid, adoradlo! Y la larga fila de personas que acuden a besar al Crucificado, en ese momento más que una imagen, con un carácter casi sacramental que en ese día merece prácticamente la veneración que se debe a la propia Eucaristía. Celebración litúrgica de la Pasión proclamada que en la calle, con la Procesión General, se convierte en asombro figurado.

Y tras la muerte, el silencio. El tiempo parece suspendido, no ocurre nada en la superficie de la tierra: sólo silencio dolorido, con la Madre rota, rodeada de los fieles; sólo quien ha mirado a Cristo, a la Cruz, puede permanecer junto a ella. Sin embargo, ese tiempo suspendido en aparente; en el Oficio de Lectura una "Homilía antigua sobre el grande y santo Sábado" dice: *"¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo… A ti te mando: despierta tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra*

de mis manos; levántate imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona…".

Conmoción del abismo que al alborear del Domingo se convierte en conmoción de la tierra y que celebramos ya en la Vigilia Pascual, cuando la noche ya ha caído y su oscuridad se ilumina con la luz de Cristo resucitado: lucernario, aleluya, iniciación cristiana, Eucaristía… El hombre regenerado es nueva criatura, porque en la resurrección de Cristo todos hemos sido salvados, o, en expresión de los santos padres, *"sumergido con Cristo en su muerte, resucita con Él"*. Acontecimientos pasados narrados, acontecimientos actuados por la acción de Cristo en nosotros.

Quizá el hombre de nuestro tiempo, ni siquiera el cristiano corriente, sociológico, ni incluso el cofrade común, se da cuenta de todo esto que he querido exponer. Se conforma únicamente con el placer estético o con el éxtasis emocional. Se queda en la cáscara, en lo externo de la Semana Santa, pero no entra en su esencia, que no es sino la persona de Cristo; se queda en la madera, pero no pasa a quien la madera representa. Pienso que expresa muy bien la vivencia de ese sentirse transformado por el Señor y que puede servirnos para prepararnos interiormente para estos días santos, aquello que Benedicto XVI recoge en su autobiografía: *"Nací el Sábado Santo. El hecho de que el día de mi nacimiento fuera el último de la Semana Santa y fuese la víspera de la noche de Pascua de Resurrección ha sido frecuentemente recordado por mi familia; y más aún que fuese bautizado el día siguiente de mi nacimiento, con el agua apenas bendecida de la noche pascual; ser el primer bautizado con la nueva agua se consideraba como un importante signo premonitorio. Siempre ha sido muy grato para mí el hecho que, de este modo, mi vida estuviese ya desde un principio inmersa en el misterio pascual. Indudablemente no era el Domingo de Pascua, sino exactamente el Sábado Santo. No obstante, cuanto más lo pienso, tanto más me parece la característica esencial de nuestra existencia humana: esperar todavía la Pascua y no estar aún en la luz plena, pero encaminarnos confiadamente hacia ella".*

Chema Concellón

Chema Concellón

Gregorio Fernández

Luis Calabia Ibáñez (1904-1989 †)
Periodista y escritor

Chema Concellón

Chema Concellón

Todavía está esperando Gregorio Fernández a que le inventen una gran historia. Con toda su vulgaridad patronímica, es el imaginero máximo de las procesiones de Valladolid. Tan bueno era –dicen sus coetáneos– que llevaba camino de santo; y santo hubiera sido sin aquella cólera –"era de suyo colérico", escribe el P. Orbea– que le acibaró la vida. Como Martínez Montañés, parece que comulgaba a diario para impetrar la inspiración divina; se disciplinaba con frecuencia; era cofrade principal de las Angustias; figuró como parroquiano y mayordomo de San Ildefonso desde 1612 y ejerció la caridad con generosidad ejemplar. A su muerte se le instruyó expediente de canonización y todo.

A más de tres siglos vista, Gregorio Fernández es una incógnita para el mundo del arte. La mitad de su vida es una nebulosa. Hasta 1605 vive en un mundo ignorado y cuando "aparece" en la tierra –en Valladolid, concretamente– cabalga sobre una ola de popularidad. Es decir; sale del anónimo erudito espectacularmente –Gracián lo hubiera repugnado– y se reparte el cetro escultórico con Martínez Montañés que, después de una fugaz decadencia, se había quedado solo.

El caso es que, un día de aquel año, el rey Felipe III le compra un *Cristo Yacente* que, después de ser expuesto nueve días en la capilla real de San Diego, pasa al convento de los PP. Capuchinos de El Pardo. La obra es magistral y aunque el artista la repitió, luego no logró mejores calidades. En la corte más suntuosa del mundo –hay que leer y releer "Os fastos geniales" del portugués Da Veiga para convencerse– las gentes se prosternan asombradas ante la maravilla de las maravillas, que superaba lo hecho por el italiano Mazzoni, prodigioso verista. ¿De dónde había salido Gregorio Fernández?

Chema Concellón

Pedro Muñoz Rojo

Inventar treinta años de una existencia insigne produciría terrible escándalo y la historia no ganaría nada. Hay que conjeturar. La ciencia tanto se apoya en los descubrimientos como en las hipótesis. No hay ningún inconveniente en aceptar lo que Cean Bermúdez contó sobre el galleguismo de Fernández. Por el contrario, todo se inclina en su favor y el retrato del Museo Nacional de Escultura, en Valladolid representa a un hombre celta. Muy feo, eso sí, pero celta a todos los vientos. Dios, que le otorgó tantas bondades interiores, no le hizo merced en la fachada. El escultor es un hombre de cabello y bigote ralos, frente despejada, ojos hundidos, pómulos prominentes, dos anchas ventanas por fosas nasales, labios gruesos y mentón corto. Si el humo del incienso de las velas que durante dos siglos largos aguantó el retrato en la iglesia del Carmen Calzado no amarilleó el lienzo, habría que pensar que el hígado de Fernández no segregaba bien, o que las aguas de las Arcas Reales –campeonas de las úlceras de estómago– eran tan medianas como las de hoy. Lo cierto es que vivió los últimos años amargado por los dolores y aún por las insoportables tabarras de los clientes que, temiendo la muerte del artista, pretendían prioridad en los encargos.

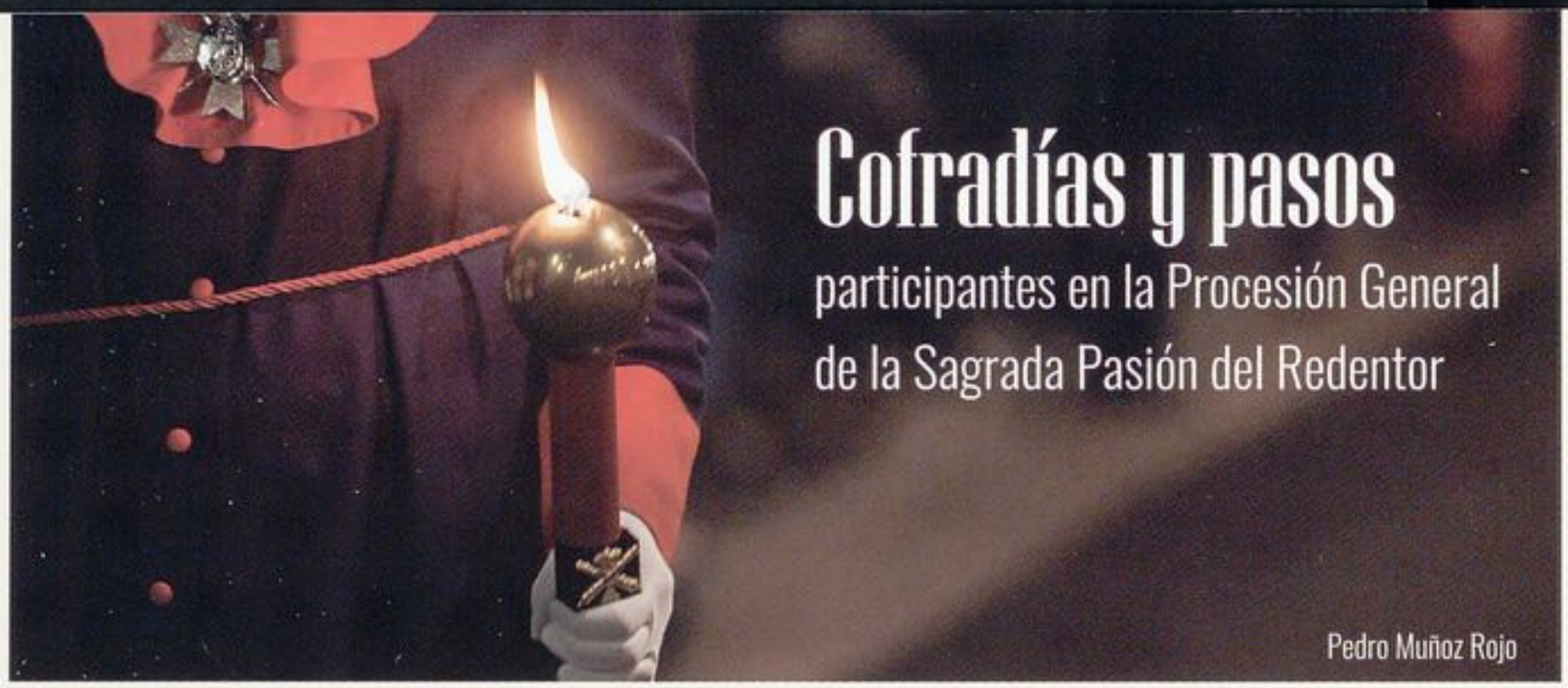
En fin, mejor o peor dotado físicamente, con buena o mala salud, con atuendo de escultor o vestido de golilla, como en el retrato, produjo la admiración de su tiempo. Cuando la corte regresó a Madrid, volvió la espalda al mundo y gozó apacible vida recoleta, encastillándose en su taller, de rica tradición artística, donde en otro tiempo estuvieran Nicolás de Holanda, Juan de Juni y Esteban Jordán. El hombre que entró en la historia del arte con ocasión del nacimiento del niño Felipe Dominico, etcétera, –Felipe IV, en resumen– siguió inspirándose en el paisaje sereno de las frondas del cristalífero Pisuerga –retórica pura de Lope de Vega, que jamás quiso ver el río achocolatado–. Hasta su muerte, en 1636, le llueven los encargos. No puede dar abasto a tantas demandas, algunas de alcurnia: imágenes para el convento de Porta-Coeli, de parte de don Rodrigo Calderón, desconocidas hoy; para la Casa profesa de la Compañía; para el retablo mayor de las

Huelgas Reales. Algo de lo mucho que no puede realizar, el altar de la Colegiata de Lerma –hoy sólo queda una figura, y muy interesante–. Don Francisco de Sandoval y Rojas tiene empeño en que "la obra sea lucida", y su excelencia el Duque de Lerma –por no morir ahorcado se vistió de colorado– es hombre de buen gusto. Los oficiales trabajan incansablemente, pero reciben grandes sueldos. A Elizalde le paga catorce reales diarios, incluso domingos y días festivos, en que prohibe el trabajo. Junto a Fernández hay una legión de operarios, especialistas en artes secundarias, aprendices y una cohorte de estimables pintores que policroman las tallas, como Diego Valentín Díaz, íntimo de Velázquez...

Gregorio Fernández, en la cumbre de su vida, es un artista de singular relieve y no un pobre hombre como ha dicho algún biógrafo suyo. Capitán sereno en un mundo de medianías, era árbitro de la situación en aquel gremio artístico. No pleitea nunca; en dos o tres ocasiones interviene como testigo solamente y siempre es ponderado y justo, como no sucedía en aquel entonces, de ordinario entre gentes del mismo "oficio". Cuando en enero de 1636, un desapacible año de lluvias y deshielos prematuros, le llegó la hora del tránsito, el párroco de San Ildefonso, en el parco libro de difuntos, no registra el óbito sin anteponer al nombre de Gregorio Fernández el calificativo de "ilustre escultor". Unos días después, Pisuerga y Esgueva juntos inundaron el taller más célebre de la imaginería española. Y así acabó el arte en Valladolid, que había perdurado por un largo siglo.

Hoy, Fernández, que hizo excelsa la Verdad con materia prima de los pinos de Soria y Balsaín, explica a toda España cuáles eran los sentimientos estéticos de su tiempo, con figuras que expresan con fidelidad la vida o la muerte. Trabajó mucho para el pueblo –no para el populacho– y elevó los sentimientos católicos sublimándolos a regiones desconocidas hasta entonces. Fernández es, como nadie lo ha sido, el escultor de la Pasión, con todos sus difíciles matices, desde el color rabioso de un Gestas al serenísimo Jesús, pasando por el drama resignado de la Madre. Gregorio Fernández supo aprovechar su maestría, no sólo a beneficio del arte, sino, también, a mayor gloria de Dios.

Chema Concellón



Cofradías y pasos

participantes en la Procesión General de la Sagrada Pasión del Redentor

Pedro Muñoz Rojo

• Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena (1940)

Iglesia parroquial de San Pedro Apóstol

Paso 1. **Jesús de la esperanza**
[Juan Guraya Urrutia, 1946]

Paso 2. **La Sagrada Cena**
[Juan Guraya Urrutia, 1958]

• Cofradía Penitencial de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón (1939)

Iglesia conventual del Corpus Christi

Paso 3. **La oración del huerto**
[Andrés Solanes, h. 1629]

Paso 4. **Prendimiento de Jesús en el huerto de los olivos** [Miguel Ángel Tapia, 1995-2011]

• Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, María Santísima de la Alegría y las Lágrimas de San Pedro (1959)

Iglesia conventual de Ntra. Sra. de Porta Coeli

Paso 5. **Las lágrimas de San Pedro**
[Obra atribuida a Pedro de Ávila, h. 1720]

• Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna (1930)

Iglesia conventual de Santa Isabel de Hungría

Paso 6. **Preparativos para la flagelación**
[José A. Hernández Navarro, 2004]

Paso 7. **El azotamiento del Señor**
[Escuela Castellana, h. 1650]

Paso 8. **El Señor atado a la columna**
[Gregorio Fernández, h. 1619]

• Hermandad del Santo Cristo de los Artilleros (1944)

Iglesia penitencial de la Santa Vera Cruz

Paso 9. **Ecce Homo**
[Gregorio Fernández, h. 1620]

• Insigne Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno (1596)

Iglesia penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Paso 10. **Nuestro Padre Jesús Nazareno**
[Escuela Castellana, último tercio del siglo XVII]

• Real Cofradía Penitencial del Santísimo Cristo Despojado, Cristo Camino del Calvario y Ntra. Sra. de la Amargura (1943)

Iglesia parroquial de San Andrés Apóstol

Paso 11. **Camino del Calvario**
[Gregorio Fernández, 1614; la imagen de Cristo, atribuida a Pedro de la Cuadra, 1600-1620]

Paso 12. **Preparativos para la crucifixión**
[Juan de Ávila, 1679]

Paso 13. **Santísimo Cristo Despojado**
[José Antonio Hernández Navarro, 1993]

• Cofradía Penitencial de la Sagrada Pasión de Cristo (1531)

Iglesia del Real Monasterio de San Quirce y Santa Julita

Paso 14. **Santísimo Cristo del Perdón**
[Bernardo del Rincón, 1656]

• Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz y Ntra. Sra. de los Dolores (1944)

Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen [Delicias]

Paso 15. **La elevación de la cruz**
[Francisco del Rincón, 1604]

• Cofradía de las Siete Palabras (1929)

Iglesia parroquial de Santiago Apóstol

Paso 16. **Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen** [La figura de Cristo es obra de Gregorio Fernández, h. 1610 - Iglesia parroquial de Laguna de Duero. Los sayones, taller de Gregorio Fernández, siglo XVII]

Paso 17. **Hoy estarás conmigo en el Paraíso** [Francisco del Rincón, h. 1606]

Paso 18. **Madre, ahí tienes a tu hijo** [Cristo del Amparo, Gregorio Fernández, h. 1621; Virgen y San Juan, Gregorio Fernández, h. 1607]

Paso 19. **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?** [Anónimo, segundo cuarto del siglo XVI]

Paso 20. **Sed tengo** [Gregorio Fernández, 1612-1616]

Paso 21. **Todo está consumado** [Cristo, anónimo del siglo XVII; la Virgen, San Juan y María Magdalena, de seguidores de Gregorio Fernández, h. 1650]

Paso 22. **En tus manos encomiendo mí espíritu** [Cristo, de Pompeyo Leoni; los dos ladrones, copia de los de Gregorio Fernández, conservados en el Museo Nacional de Escultura]

• Hermandad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz (1941)

Capilla del Colegio Mayor Santa Cruz

Paso 23. **Santísimo Cristo de la Luz** [Gregorio Fernández, h. 1630]

• Real y Venerable Cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo (1929)

Iglesia parroquial de Santa María de la Antigua

Paso 24. **Santo Cristo de la Preciosísima Sangre** [Lázaro Gumiel, 1953]

• Cofradía del Discípulo Amado y Jesús de Medinaceli (2011)

Iglesia parroquial de San Martín

Paso 25. **San Juan Evangelista** [Atribuido a Pedro de Ávila, primer tercio del s. XVIII]

• Cofradía El Descendimiento y Santo Cristo de la Buena Muerte (1939)

Iglesia parroquial de San Miguel y San Julián

Paso 26. **El Descendimiento** [Gregorio Fernández, 1623; la figura de la Virgen fue realizada en 1757]

• Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz (1498)

Iglesia penitencial de la Santa Vera Cruz

Paso 27. **Ntra. Sra. de la Vera Cruz** [Gregorio Fernández, 1623]

• Muy Ilustre Cofradía Penitencial de Ntra. Sra. de la Piedad (principios del s. XVI)

Iglesia parroquial de San Martín

Paso 28. **Cristo de la Cruz a María** [Escuela de Gregorio Fernández, h. 1642); el cuerpo de José de Arimatea es obra de José Antonio Saavedra, 1995]

Paso 29. **La Quinta Angustia** [Gregorio Fernández, h. 1625]

• Cofradía de la Orden Franciscana Seglar V.O.T. (finales del siglo XV)

Iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción

Paso 30. **La Santa Cruz Desnuda** [Francisco Fernández León, 1993]

• Cofradía del Santo Entierro (1930)

Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana

Paso 31. **Cristo Yacente** [Gregorio Fernández, obra de taller, 1631-1636]

• Cofradía del Santo Sepulcro y del Santísimo Cristo del Consuelo (1945)

Iglesia conventual de San Benito

Paso 32. **Santo Sepulcro** [Alonso y José de Rozas; durmientes y ángeles, último cuarto del siglo XVII; Yacente y Urna, anónimo h. 1630]

• Ilustre Cofradía Penitencial de Ntra. Sra. de las Angustias (1536)

Iglesia penitencial de Ntra. Sra. de las Angustias

Paso 33. **Ntra. Sra. de las Angustias** [Juan de Juni, posterior a 1561]

COLABORACIONES

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA
ASOCIACIÓN PROVINCIAL DE EMPRESARIOS DE HOSTELERÍA
ASOCIACIÓN HOTELES DE VALLADOLID
SOCIOS PROTECTORES

REVISTA OFICIAL DE LA JUNTA DE COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE VALLADOLID

Chema Concellón

Edita: Ayuntamiento de Valladolid
(Junta de Cofradías de Semana Santa)
© De la edición: Junta de Cofradías de Semana Santa
© Fotografías: Sus autores

Fotografía portada: Antonio Sánchez Mera
Fotografía contraportada: Chema Concellón
Fotografías interior: Chema Concellón y Pedro J. Muñoz Rojo
Diseño: dDC

DL VA 97-2016
Printed in Spain. Impreso en España
Imprime: Imprenta Municipal

Valladolid

SEMANA SANTA

Declarada de Interés Turístico
Internacional desde 1980

Ayuntamiento de Valladolid

VA! VALLADOLID ciudad amiga

BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JOSÉ ZORRILLA

JUNTA DE COFRADÍAS DE SEMANA SANTA VALLADOLID